puso en movimiento sobre sus grandes ruedas encarnadas, se suspendió de la caja con los piés y las manos como lo hacen los pilletes, cantando con toda su voz la cancion popular de los toros del Puerto.

La calesa se alejó entre un torbellino de ruido y de polvo.

—Bueno, se dijo Andrés, que vió desde una de las alamedas del Prado, en donde estaba ya paseándose, pasar al calesin á todo escape con el muchacho encaramado detrás; yo sabré esta noche en dónde vive esa encantadora criatura, y que el duo de Bellini me sea ligero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III.

El muchacho debia volver á dar cuenta de su mision á D. Andrés, que le esperaba fumando un cigarro en una de las calles del Prado, cerca del monumento erigido á las víctimas del Dos de Mayo.

Contemplando las azules espirales que formaba el humo del cigarro, hacia Andrés su exámen de conciencia, y no podia menos de reconocer que estaba, si no enamorado, al menos vivamente preocupado con la bella manola. Aun cuando la belleza de la jóven no hubiese sido suficiente para prender fuego en el corazon menos inflamable, la espe-

cie de misterio que parecia indicar su terror cuando Andrés le habia dirigido la palabra despues del accidente acaecido á Juanelo, no podia dejar de picar la curiosidad á cualquier jóven un poco aventurero: á los veinticinco años, sin necesidad de ser un D. Quijote de la Mancha, se está siempre pronto á defender á las princesas á quien se supone oprimidas.

Feliciana, la señorita tan bien educada, ¿merecia este comportamiento? Andrés estaba bastante preocupado con esto; pero se dijo que su casamiento con ella no tendria lugar sino de allí á seis meses; que, por tanto, este ligero amorcillo tendria tiempo de acabarse y áun hasta de olvidarse antes del término fatal; y que, por otra parte, nada era más fácil que ocultar una intriga de este género, viviendo Feliciana y la jóven en esferas distintas, que jamás llegarian á encontrarse. Esta seria su última locura de soltero; porque en el mundo se llama locura á amar á una jóven graciosa y linda, y razon á casarse con una mujer fea, indigesta y desagradable; despues viviria como un ermitaño, en verdadero martirio conyugal.

Arregladas así las cosas en su cabeza, se abandonó Andrés á los más agradables pensamientos. Estaba sometido por doña Feliciana Vazquez de los

Rios á un régimen de buen tono y de diversiones de buen gusto que le era insoportable, si bien no se atrevia á protestar; tenia que resignarse á sufrir una multitud de costumbres inglesas, al thé, al piano, á los guantes amarillos, á las corbatas blancas sin circunstancia atenuante, á los lanceros, á las conversaciones sobre las últimas modas, á los grandes aires italianos, cosas que repugnaban á su carácter naturalmente franco y jovial. A pesar suyo, la vieja sangre española se insurreccionaba en sus venas contra la invasion de la civilizacion del Norte.

Suponiéndose ya el amante feliz de la manola, —porque, ¿qué hombre no es un poco fátuo, al menos en pensamiento?—se veia en la pequeña habitacion de la jóven desembarazado de su frac y haciendo una colacion de pastelillos y dulces, rociados con copas de vino de Peralta y de Pedro Gimenez más ó ménos legítimos, que la tia habria ido á comprar á la tienda de vinos generosos más próxima.

Tomando luego un *papel de hilo* teñido con zumo de regalíz, la bella niña echaba algunas briznas de tabaco cortadas de un habano, y le ofrecia un cigarrillo liado con la más clásica perfeccion.

Despues, desviando la mesa con el pié, iba á

descolgar de la pared una guitarra, que entregaba á su galan, y un par de castañuelas de madera de granado, que se ajustaba á sus pulgares cerrando la presilla que las une con sus dientecitos de nácar, y se ponia á bailar, con una flexibilidad y una expresion admirables, uno de esos antiguos bailes españoles en que la Arabia ha dejado su indolente languidez y su voluptuosa pasion, murmurando con voz temblorosa alguna copla de seguidilla caprichosa é incoherente, pero de una penetrante poesía.

Mientras que Andrés se abandonaba á sus voluptuosos ensueños con tan buena fé, que hasta oia el sonido de las castañuelas, el sol bajaba rápidamente y la luz se extinguia de una manera sensible. La hora de comer se aproximaba, porque hoy, en Madrid, las personas de elevada clase se sientan á la mesa á la hora de París ó Lóndres, y el mensajero de Andrés no llegaba; áun cuando la jóven hubiese vivido en la extremidad opuesta de la villa, en el portillo de Gilimon ó en el de Embajadores, el pillete habia tenido tiempo, y de sobra, de hacer dos veces el camino; sobre todo, considerando que en la primera parte del viaje iba encaramado en la trasera de la calesa.

Esta tardanza asombró y contrarió vivamente á

Andrés, que no sabia en dónde podia encontrar á su emisario, y que veia terminarse al principio una aventura que prometia ser agradable. ¿Cómo volver á ponerse sobre la pista, una vez perdida, cuando no se tiene el más pequeño indicio que pueda guiar, ni un detalle, ni áun siquiera un nombre, y hay que esperar en la casualidad, siempre rara, de los encuentros?

—Puede ser que haya sucedido algun incidente de que yo no pueda darme cuenta; esperemos todavía algunos minutos, se dijo Andrés.

Aprovechando el permiso de ubiquidad concedido á los narradores, seguiremos al calesin en su rápida carrera. Habia recorrido primeramente todo el Prado, despues habia entrado por la calle de San Juan, llevando siempre al emisario de Andrés agarrado de piés y manos á sus muelles; y ganado en seguida la calle de los Desamparados. Iria sobre poco más ó ménos por la mitad de esta calle, cuando sintiendo el calesero la sobrecarga, envió al pobre Perico un latigazo con una destreza suma, á través de la capota de la calesa, que le hizo saltar á tierra.

Cnando despues de haberse frotado los ojos, que le lloraban de dolor, hubo recobrado la facultad de ver, el calesin estaba ya al final de la calle de la

Fé, y el ruido de sus ruedas sobre el empedrado iba debilitándose. Perico, excelente corredor, como lo son todos los jóvenes españoles, y penetrado de la importancia de su mision, habia salido en persecucion del carruaje, y sin duda le hubiese dado alcance, si este hubiese seguido en línea recta; pero, á la extremidad de la calle volvió, y Perico le perdió de vista un instante. Cuando á su vez dobló la esquina, la calesa habia desaparecido. Habia entrado en esa red de calles y callejuelas que lindan con la plaza de Lavapiés. ¿Habia tomado la calle del Povar, ó la de Santa Inés; la de San Dámaso, ó la de San Lorenzo? Esto es lo que Perico no pudo llegar á saber; las recorrió todas, esperando ver á la calesa parada delante de alguna puerta; pero se engañó en su esperanza; solamente vió el carruaje en la plaza, que volvia desocupado, y cuyo conductor, haciendo crugir el látigo como una especie de amenaza irónica, se apresuraba á ir por otro cargamento.

Despechado Perico por no haber podido hacer lo que Andrés le habia encargado, se habia paseado algun tiempo por las calles en que presumia que el calesin habia dejado á sus dos parroquianas, pensando, con esa precoz inteligencia de las pasiones que tienen los niños meridionales, que una jóven tan linda no podia menos de tener un galan; y siendo así, no dejaria de ponerse á la ventana para verlo venir, ó salir para ir á buscarle si él no iba, pues el dia de los toros está dedicado en Madrid á los paseos y á las diversiones. Este cálculo no era descabellado; en efecto, muchas lindas cabezas sonreian, asomadas á las ventanas, y se inclinaban sobre los balcones; pero ninguna era la de la manola que le habian encargado seguir. Cansado de buscar, despues de haberse lavado los ojos en la fuente de Lavapies, se encaminó hácia el Prado para dar á D. Andrés cuenta de su mision. Si no llevaba las señas exactas, estaba al menos casi cierto de que la jóven vivia en una de las cuatro calles cuyos nombres hemos citado anteriormente; y, como son muy cortas, era ya menos vago que tener que buscarla por todo Madrid.

Si hubiera permanecido algunos minutos más hubiese visto á un segundo calesin detenerse delante de una casa de la calle del Povar, y á un hombre, con el embozo de su capa subido hasta los ojos, saltar ligeramente á tierra y entrar en el portal. El movimiento del salto hizo revolotear la capa, que dejó brillar los adornos de plata del traje, y descubrió unas medias de seda manchadas

con algunas gotas de sangre y que cubrian una bien formada pierna.

Nuestros lectores habrán ya reconocido á Juanelo. En efecto, era él. Pero para Perico ningun lazo unia á Juanelo con Melitona, y su presencia no hubiese sido para él indicio de la casa en que habitaba la jóven. Por otra parte, Juanelo podia entrar en su propia casa. Esta era, si se quiere, la version más verosímil. Despues de una corrida tan dramática como aquella, debia tener necesidad de reposo y de aplicar algunas compresas sobre el rasguño de su brazo, porque los cuernos del toro son venenosos y las heridas que hacen son muy lentas de curar.

Perico se dirigió con paso lijero hácia el obelisco del Dos de Mayo, en el que habia quedado citado con Andrés. Otro tropiezo. Andrés no estaba sólo. Doña Feliciana, que habia salido á hacer algunas compras con una de sus amigas, habia visto desde su carruaje á su prometido, que estaba paseándose con una impaciencia nerviosa; se habia apeado, acompañada de su amiga, y, acercándose á Andrés, le habia preguntado si era para componer un soneto ó un madrigal para lo que se habia ido á pasear bajo los árboles á la hora en que los mortales menos poéticos se entregaban á la prosa

de la mesa. El desgraciado Andrés, cogido en flagrante delito, se ruborizó un poco y balbuceó algunas frases sin sentido; rabiaba interiormente, á pesar de que su boca sonreia. Perico, incierto del partido que debia tomar, describia alrededor del grupo multitud de círculos; no obstante lo jóven que era, habia comprendido que no debia dar á Andrés las señas de una manola delante de una jóven tan perfectamente vestida á la francesa. Unicamente se asombraba de que un caballero que conocia tan lindas damas de sombrero tomase interés por una manola de mantilla.

—¿Qué nos quiere ese muchacho que le mira á usted con unos ojos como si quisiera tragarnos?

—Esperará sin duda á que le tire la punta de este cigarro, respondió Andrés juntando la accion á la palabra y haciendo una seña imperceptible que queria decir: «Vuelve cuando esté solo.»

El muchacho se alejó, y sacando un eslabon de su bolsillo, encendió yesca y se puso á fumar el habano con la maestría de un perfecto fumador.

Pero Andrés no estaba al fin de sus penas. Feliciana se dió un pequeño golpe en la frente con su mano, aprisionada en estrechísimo guante, y dijo, como saliendo de un sueño:

—Dios mio, estaba tan preocupada con nuestro

duo de Bellini, que me he olvidado de decirle á usted que mi padre, D. Gerónimo, le espera á comer. Él queria haberle escrito á V. esta mañana; pero como yo debia verle al medio dia, le dije que yo podia decírselo. Es ya bastante tarde, dijo, consultando su diminuto relój; suba V. en el carruaje con nosotras, llevaremos á Rosa á su casa y nos volveremos juntos á la mia.

Si por acaso alguno se asombra de ver que una señorita tan bien educada invite á subir en su carruaje á un jóven, haremos observar que iba sentada al vidrio una aya inglesa, tiesa como una estaca, encarnada como un cangrejo, y fuertemente encorsetada, cuyo solo aspecto bastaba para poner en fuga á los enamorados y á los entrometidos.

No habia medio de retroceder; despues de haber ofrecido la mano á Feliciana y á su amiga para ayudarlas á montar, tomó asiento al lado de la señora Sarah, furioso por no haber podido saber la noticia que Perico le llevaba, pues le suponia mejor enterado de lo que en realidad lo estaba, y con la perspectiva de una *soirée* musical indefinidamente prolongada.

Como creemos que la descripcion de una comida de confianza será poco interesante para el lector, iremos en busca de Melitona, esperando ser

más felices en nuestras investigaciones que lo fué Perico.

Melitonia vivia, en efecto, en una de las calles sospechadas por el jóven espía de Andrés. Decir el género de arquitectura á que pertenecia la casa que habitaba con otros muchos vecinos, seria muy difícil, á menos que no fuese al órden compuesto. El mayor capricho habia presidido á la abertura de los huecos, de los cuales ni uno siquiera era parecido á otro. El arquitecto parecia haberse propuesto como objeto la simetría inversa, porque nada se correspondia en aquella desordenada fachada; los muros, casi todos fuera de su base, presentaban en su parte media una superficie convexa y parecian hundirse bajo su peso; varias eses y cruces de hierro la sostenian trabajosamente, y sin las dos casas contiguas, algo más sólidas, en que se apoyaba, se hubiera hundido infaliblemente; en la parte inferior, el yeso, despegado en su totalidad, dejaba ver el cimiento de los muros; la parte superior, mejor conservada, ofrecia algunos vestigios de una antiquísima pintura de color de rosa, que parecia como el rubor de esta pobre casa, avergonzada de su miseria.

Cerca del tejado un ancho feston negro, formando puntas, rodeaba una pequeña ventana, que

se conocia habia sido blanqueada recientemente; á la derecha de ella estaba colgada una jaula que encerraba una codorniz; á la izquierda otra de una dimension casi imperceptible, adornada de perlas de vidrio amarillo y rojo, servia de palacio y de celda á un grillo; porque los españoles, á quienes los árabes han dejado el gusto de los ritmos persistentes, les agrada mucho los monótonos cantos, armonizados en tiempos iguales, de la codorniz y del grillo. Una jarra de barro colgada por las asas con una guita refrescaba el agua á la brisa naciente de la noche, y dejaba escapar por sus poros algunas gotas que caian sobre dos macetas de albaca colocadas debajo. Esta ventana era la de la habitacion de Melitona. Desde la calle el más indiferente observador hubiese adivinado en seguida que este nido estaba habitado por una paloma; la juventud y la belleza ejercen su imperio áun sobre las cosas más inanimadas, é imprimen en ellas su sello.

Si el lector no teme subir con nosotros por esta escalera, oscura y dificultuosa por más de un concepto, seguiremos en ella á Melitona, que sube saltando los rotos escalones con toda la elasticidad de una pantorrilla de diez y ocho años; nada ya ella en la luz de los pisos superiores, mientras que la tia Aldonza, retenida en los limbos oscuros de los

primeros peldaños, respirando con trabajo, invoca á San José y se agarra con las dos manos al grasiento pasamanos.

La jóven, levantando un pedazo de estera que estaba tirada delante de una de esas puertas de pino, de tableros pequeños é innumerables, tan comunes en Madrid, tomó su llave y abrió.

Una vivienda tan pobre era imposible que tentara á los ladrones, y no exigia, por tanto, grandes precauciones de seguridad; ausente, Melitona la solia dejar abierta; pero cuando estaba, la cerraba cuidadosamente. Habia entonces un tesoro en aquel chiribitil, si no para los ladrones, al menos para los enamorados.

Una simple agua de cal reemplazaba en la pared al papel y á la pintura; un espejo, cuya luna rayada no reflejaba sino muy imperfectamente la encantadora figura que le consultaba; una figura de yeso representando á San Antonio, acompañada de dos vasos de cristal azul conteniendo algunas flores artificiales; una mesa de pino, dos sillas y una cama cubierta con una colcha de muselina con tiras sobrepuestas de puntillas anchas, constituian todo el mueblaje. Olvidábamos algunas imágenes de la Vírgen y de varios santos, pintadas y doradas sobre vidrio con una sencillez bizantina ó rusa, un gra-

bado del Dos de Mayo, el entierro de Daoiz y Velarde, un picador á caballo, copia de Goya, más un tamboril y una guitarra; por una mezcla singular de lo sagrado y de lo profano, de lo que no se alarma la ardiente fé de los paises verdaderamente católicos, entre estos dos instrumentos de alegría y de placer descollaba una palma rizada y adornada con flores artificiales, traida de la iglesia el Domingo de Ramos.

Tal era la casa de Melitona, y, si bien no encerraba más que las cosas extrictamente necesarias para la vida, no tenia el aspecto árido y frio de la miseria; un rayo alegre de luz la iluminaba; el vivo encarnado de los ladrillos que cubrian el suelo era agradable á la vista; ningun espectro disforme encontraba en donde agarrarse con sus uñas un murciélago; en aquellos ángulos, de una brillante blancura, ninguna araña tegia su tela entre las vigas del techo; todo era alegre y brillante en aquella habitacion amueblada con cuatro paredes.

En Inglaterra hubiese sido una absoluta miseria; en España era casi la comodidad, y más aún que lo que se necesita para ser tan feliz como en un paraiso.

La vieja habia llegado por fin hasta arriba; entró en la reducida habitacion y se dejó caer sobre una

de las dos sillas, á la que su peso hizo crugir de una manera alarmante.

—Hazme el favor, Melitona, descuélgame la jarra, que yo beba un poco; estoy seca, me ahogo; el polvo de la plaza y esas condenadas pastillas de menta me han dejado fuego en la garganta.

—No habia necesidad de comerlas á puñados, tia, respondió la jóven inclinando el vaso sobre los lábios de la vieja.

Aldonza bebió tres ó cuatro tragos, se limpió la boca con el dorso de su mano, y se puso á abanicar en silencio, con un compás bastante ligero.

—A propósito de las pastillas, dijo despues de haber dado un enorme suspiro; ¡qué miradas tan furiosas dirigia Juanelo hácia nosotras! estoy segura que no mató bien á aquel toro porque el caballerito te estaba hablando; es celoso como un tigre ese Juanelo, y si ha podido encontrarle, le habrá hecho pasar un mal cuarto de hora. No daria yo mucho dinero por la piel de ese jóven, porque corre peligro de ser abierta por algunas buenas cuchilladas. ¿Te acuerdas de la agujeta que le dió á Lúcas, porque queria ofrecerte un ramo en la romería de San Isidro?

—Espero que Juanelo no llevará las cosas hasta esos horribles extremos; dije á aquel jóven que no

me volviese á dirigir más la palabra, con un tono tan suplicante y tan absoluto, que no me dijo nada ya desde aquel momento; comprendió mi terror y se compadeció de él. ¡Qué horroroso es verse perseguida así por un amor tan feroz!

—Tu tienes la culpa, dijo la vieja; ¿por qué eres tan bonita?

Un golpe seco, dado en la puerta como por una mano de hierro, interrumpió la conversacion de las dos mujeres.

La vieja se levantó y fué á mirar por la trampilla enrejada y cerrada con un postigo de madera, practicado en la puerta, á la altura de un hombre, segun el uso español.

Apenas la abrió apareció la cabeza de Juanelo, pálida bajo el tinte bronceado de que el sol y la arena la habian revestido.

Aldonza entreabió la puerta y Juanelo entró. Su cara revelaba las distintas emociones que le habian agitado en el circo; en ella se leia una rabia reconcentrada, porque para esta alma, en la que no dejaba de haber cierto puntillo de honor, los aplausos no borraban los silbidos; se consideraba como deshonrado y obligado á las más temerarias proezas para rehabilitarse ante la opinion pública y ante sí mismo.

Pero lo que le preocupaba sobre todo, y lo que aumentaba su furor hasta un punto inconcebible, era no haber podido abandonar la arena bastante pronto para alcanzar al jóven que parecia haber estado tan galante con Melitona; ¿en dónde encontrarle ahora? Sin duda habia seguido á la jóven, le habia hablado una vez más.

A esta idea, su mano tentaba maquinalmente su faja como para buscar el cuchillo.

Se sentó en la otra silla; Melitona, apoyada en la ventana, deshojaba distraidamente un clavel; la vieja se abanicaba tambien por hacer algo; un silencio general reinaba entre los tres personajes; la vieja fué la primera en romperlo.

—Juanelo, dijo, ¿le duele á V. mucho el brazo?

—No, respondió el torero, fijando su profunda mirada en Melitona.

—Seria preciso poner en él algunas compresas de agua y sal, continuó la vieja, para no dejar caer tan pronto la conversacion.

Pero Juanelo no respondió, y, como dominado por una idea fija, dijo á Melitona:

—¿Quién era ese jóven que estaba sentado junto á V. en la plaza?

—Ha sido la primera vez que le he visto; no le conozco.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—Pero, ¿queria V. conocerle?

—La suposicion es política. Bueno, ¿qué le haria eso?

—Si eso fuese, mataria yo á ese jóven de botas de charol, guantes y frac.

—Juanelo, habla V. como un insensato. ¿Le he dado á V. derecho para que sea celoso conmigo? Me ama V., dice, esa es mi falta; ¿y acaso porque le ha dado la manía de encontrarme linda, tengo yo obligacion de adorarle á V. inmediatamente?

—Es verdad, no está obligada á ello, dijo la vieja; pero, no obstante, harian VV. los dos una bella pareja. Jamás mano más fina se habria apoyado sobre un brazo más vigoroso; y si llegaran á bailar juntos una cachucha en el jardin de Las Delicias, seria cosa de subirse sobre las sillas.

—¿He hecho yo la coqueta con V., Juanelo? ¿Le he dirigido á V. miradas, sonrisas ni nada que pudiera V. interpretar en su favor?

—No, respondió el torero con voz opaca.

—No le he hecho á V. nunca promesas ni le he dado permiso de que conciba esperanzas; siempre le he dicho: «Olvídeme V.» ¿Por qué atormentarme y ofenderme con esas violencias que no hay nada que las justifique? ¿Será preciso, porque le haya gustado á V., que no pueda fijar en nadie una mirada que no sea una sentencia de muerte? Ha estropeado V. á ese pobre Lúcas, que era un buen muchacho que me divertia y me hacia reir, y herido gravemente á su amigo Ginés, porque me habia estrechado un poco la mano; ¿cree V. que con todas estas cosas adelanta V. mucho? Hoy ha cometido V. extravagancias en la plaza; mientras me espiaba, dejaba V. venirse encima el toro, y ¡dió usted una primera estocada!.....

—Es que te amo, Melitona, con todas las fuerzas de mi alma, con todo el fuego de esta sangre que calcina mis venas; es que no veo más que á tí en el mundo, y que el cuerno de un toro entrándome por la espalda no me haria volver la cabeza cuando veo que sonries á otro. No tengo las maneras finas, es verdad, porque he pasado mi juventud luchando cuerpo á cuerpo con las fieras; todos los dias mato y me expongo tambien á ser muerto; no puedo tener la dulzura de esos jóvenes, delicados como mujeres, que pierden el tiempo en hacerse rizar el cabello y en leer los periódicos. Al menos, si no eres mia, tampoco serás de otro, repuso Juanelo despues de una pausa, dando con el puño un fuerte golpe sobre la mesa, y como reasumiendo con él su monólogo anterior.

A poco se levantó bruscamente y salió diciendo:

—Yo sabré encontrarle y meterle tres pulgadas de hierro en el vientre.

Volvamos ahora cerca de Andrés, quien, compungidamente plantado delante del piano, cantaba su parte en el duo de Bellini con tal lujo de notas falsas, que hacia desesperar á Feliciana. Nunca ninguna elegante *soirée* le habia inspirado más enojo; daba á todos los diablos á la marquesa de Benavides y su tertulia.

El perfil tan correcto y tan fino de la jóven manola, sus cabellos de azabache, sus rasgados y expresivos ojos, su traje pintoresco, hacian que le repugnaran doblemente las compuestas vejanconas que adornaban el salon de la marquesa. Encontró á su prometida decididamente fea, y salió enamorado del todo de Melitona.

Al bajar por la calle de Alcalá, para volver á su casa, se sintió tirar de la levita; era Perico que, habiendo hecho nuevos descubrimientos, iba á darle cuenta de su mision, y tambien, quizás, á recoger el duro prometido.

—Caballero, dijo el muchacho, vive en la calle del Povar, la tercera casa á la derecha. La he visto en su ventana; estaba descolgando la jarra de refrescar el agua.

IV.

—No basta conocer el nido de la paloma, se dijo Andrés despertando de un sueño en que la graciosa imágen de Melitona se le habia aparecido más de una vez; es preciso llegar hasta ella. ¿Cómo hacerlo? No encuentro otro medio que ir á establecerme en crucero delante de su casa y observar á los que salgan y entren. Pero si voy de este modo, vestido como estoy, esto es, á la última moda de París, llamaré la atencion y esto no favoreceria en nada mis operaciones de reconocimiento. En un espacio de tiempo más ó menos largo debe ella salir ó entrar, porque no creo que tenga en su casa provisiones para seis meses; le saldré al paso con alguna frase